

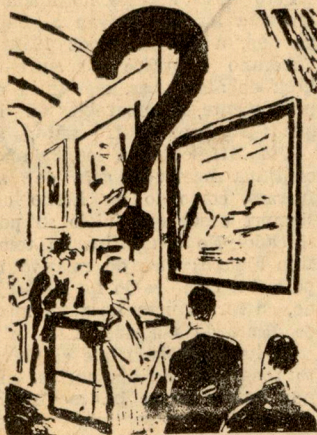
# Lo que no ha Hecho el Patronato de las Artes

por Sebastián Salazar Bondy

Hace algún tiempo —algunos años, en verdad— la prensa local celebró regocijada el establecimiento del Patronato de las Artes y poco más tarde la cesión del antiguo Palacio Municipal del Paseo Colón a la nueva entidad. Se dijo que, al fin, nuestra ciudad tendría el Museo que le hacía falta. Parcialmente reacondicionado, ese local no ha sido hasta hoy sino una sala más de exhibiciones, pero, a lo que parece, nada se ha adelantado para convertirlo en lo que verdaderamente debe ser. El Patronato vive, si vive, en el silencio y la inactividad, y estamos, en lo que al Museo reclamado respecta, a fojas uno. En el Patronato, sin embargo, se encuentran personas que por su cultura y generosidad saben bien cuánta necesidad hay de que Lima tenga un centro de difusión artística y que se muestren dispuestas a hacerlo posible con su esfuerzo y su contribución individual y colectiva. ¿Qué es lo que las detiene? He aquí lo que el cronista quiere preguntarse en esta nota.

Sin duda alguna, el primer problema que plantea el proyecto de organizar un Museo es el económico. Hasta el momento, ha sido el Estado el único que ha contribuido a la realización del plan con una suma respetable. Pero ella no ha bastado: precisamente, por saberse esto, es que nació el Patronato. Es preciso un fondo que haga posible la organización de los servicios técnicos que pongan en marcha la institución, ya que la ciencia museológica ha llegado a elaborar normas fundadas en la experiencia que aseguran el buen funcionamiento de esa clase de centros culturales. Con ese

presupuesto básico, habrá que nombrar un director. ¿Quién debe dirigir el Museo? Como no se trata de algo que cualquiera puede hacer, pues atañe a una profesión calificada, conviene contratar un técnico extranjero prestigioso y responsable. En tanto éste trace el programa de



acción —el cual debe ser realista, inspirado en la precariedad de nuestros medios—, el Patronato ha de suscitar las donaciones que vayan a constituir el material artístico del Museo. Hay en el Perú muchos coleccionistas que cederían total o parcialmente sus obras de arte si hubiera un organismo serio y autónomo que garantizara su conservación y su exhibición permanente con fines de educación y difusión populares. Lo mismo en el exterior, donde las grandes fundaciones prestan ayuda cabal a los empeños desinteresados en pro de la cultura general.

Hay casos que demuestran que la iniciativa privada en este terreno es espléndida. Basta citar sólo dos: el Museo Larco, que actualmente está en construcción en los alrededores de la

ciudad, y el Museo Taurino, que en la calle Matavilela próximamente se abrirá gracias al desprendimiento de don Fernando Berckemeyer. En un caso y otro, la afición personal se abre a la curiosidad ciudadana sin otro interés que el de ilustrar notablemente. ¿Y el Patronato, con ser la reunión cooperativa de muchas personas, es incapaz de dar vida a un Museo? Es indispensable repetir que hasta el momento el edificio del Paseo Colón ha servido de alojamiento a muestras, si bien notables, ajenas a la acción propia de un Museo. Al reclamar un trabajo más intenso y efectivo del Patronato, no se hace sino pedir la asunción de los deberes que voluntariamente se impuso ante sí y ante la colectividad.

Es el Perú uno de los países, no sólo de América sino aun del mundo, que posee un rico y amplio patrimonio artístico. Aparte de lo que del naufragio total de ese tesoro han podido salvar los organismos oficiales, han sido los coleccionistas particulares los verdaderos redentores de tan notable heredad. Lo han hecho por amor patrio y sensibilidad artística, y ambos incentivos se compadecen perfectamente con una posible donación de dichas riquezas al país. ¿Pero a quién ceuerías? El Patronato de las Artes parecía la entidad adecuada a ese efecto. Sin embargo, duerme o agoniza, no se sabe. Y lo único que queda de él, en realidad, es un palacete en donde figura, como un pronóstico, la palabra Museo. Nada propio de él existe. No obstante, se está a tiempo de reaccionar y revitalizarlo procurándole medios económicos y fomentando su labor con una organización eficaz. Que no se diga que en esto, como en todo lo que los peruanos iniciamos, el desgano o la negligencia matan los buenos propósitos.